

Dani, agente secreto

Pedro Ruiz García

alta
mar



 Bruño



Dani, agente secreto

Pedro Ruiz García



Ilustración César Barceló

B Bruño

Puedes encontrar el **Taller de lectura**
en **www.brunolibros.es**

© Texto: Pedro Ruiz García
© Ilustraciones: César Barceló

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2023
Valentín Beato, 21
28037 Madrid

Dirección editorial: Begoña Lozano
Edición: Bárbara Fernández
Preimpresión: Alberto García
Diseño de cubierta e interiores: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-696-6832-0
Depósito legal: M-246-2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Pedro Ruiz García

El autor

Nació en Quintanar del Rey (Cuenca) en 1978.

Es maestro, y sus alumnos inspiran buena parte de sus historias. Ha trabajado en colegios de Castilla-La Mancha, Marruecos y Colombia.

Ha publicado más de una decena de libros y ha obtenido varios reconocimientos literarios, como el Premio Siete Islas, el de la Diputación de Córdoba de Literatura Infantil y Juvenil, el Cepa y el del certamen Tritoma de Narrativa Joven. Además, ha sido finalista en los premios Gran Angular y Hache de Novela Juvenil.

Otros de sus libros publicados en esta colección son *Aventura espacial* y *Rumbo a la Tierra*.

Para ti

¿Te gustaría convertirte en agente secreto y verte envuelto en una misión superarriesgada?

Pues solo necesitas dos cosas: una misión secreta y una doble identidad. O lo que es lo mismo: descubrir que alguien tiene un problema gordísimo y tratar de echarle una mano en secreto; incluso si ese alguien es el Dictador, el profesor más hueso de tu colegio.

Eso sí, piénsalo bien antes de aventurarte. Cuando la misión comience, todo puede descontrolarse. Dani lo descubrió demasiado tarde y ahora se encuentra encerrado y sin escapatoria. Él solo quería que las clases fuesen más divertidas... ¡y no convertir a su profesor en un *hacker* informático!

¿Estás listo para conocer a Dani, agente secreto?

¡Espero que disfrutes mucho con su arriesgada misión!

Pedro Ruiz García

*Para todos los maestros y maestras,
quienes se reinventan cada día
en la titánica tarea de enseñar sin aburrir.*



De repente, agente secreto

Me llamo Dani, me chiflan los helados de vainilla y soy agente secreto. Habéis leído bien: agente secreto.

El de los espías es un universo tan llamativo como desconocido, pero ¿cómo llega alguien a convertirse en agente secreto?

Si os fijáis, veréis que siempre se esconden tras una identidad inventada: afirman ser periodistas, estudiantes, arqueólogos... Por lo que uno nunca sabe a ciencia cierta cómo narices llegan a serlo.

Un ejemplo: Bond. El archiconocido James Bond. Sus veinticinco pelis siempre empiezan en plena misión. Pero ¿qué hay de su infancia? Nunca cuentan si apunta-

ba cualidades de agente secreto ya desde niño.

Y lo que me parece aún más misterioso: ¿en qué momento se convierte alguien en espía? ¿Cómo pasa una persona corriente y moliente a transformarse en un agente secreto? ¿Ocurre de un día para otro?

Por más atención que pongo, nunca he visto que en las noticias aparezca nada sobre este asunto, y eso que mi madre es más aficionada al telediario que yo a los helados de vainilla.

Lo reconozco. Empezaba a pensar que los agentes secretos son un invento de los dibujantes de Marvel. Sin embargo, todas mis dudas se despejaron hace unos días.

Los espías existen. Lo prometo sobre mi *tablet*. Y lo que es más, cualquiera puede convertirse en agente secreto, ¡sucede por pura casualidad! Os lo dice alguien que hasta hace tres meses era uno más del montón. Yo era un chaval invisible, alguien con la vida más aburrida y rutinaria de Buenavista, que, por cierto, apostarí que es el barrio más rutinario y aburrido de toda la ciudad, y puede que de todo el continente.

Y de pronto... misión secreta y doble identidad. En el momento en que te cruzas con una misión y asumes la responsabilidad... ¡zas!, ya eres todo un espía. ¡No hay que rodar ninguna peli ni aparecer en ningún libro! ¡Qué va!

Simplemente sucede. Así de sencillo. Lo que comienza como un inocente juego se va convirtiendo en una arriesgada misión, y cuando te quieres dar cuenta, el temblor de piernas te ha subido hasta los dientes y comprendes que del lío en el que te has metido no sales ni con ayuda de la Armada ni de los ejércitos de Tierra y Aire.

¿Que cómo lo sé? Porque en este preciso momento me encuentro bajo arresto. Ha sido mi primera misión y he pagado la falta de experiencia, pero no volverá a ocurrirme. No penséis que estoy encarcelado en una prisión tailandesa rodeado de sicarios a sueldo –aunque ya me gustaría ver cómo se las apañaría un presidiario tailandés soportando una de las broncas de mi madre—. Estoy en mi habitación, aunque alejado de la *tablet*, la consola, la tele y cualquier aparato electrónico que me pueda proporcionar un mínimo de entretenimiento.

Además, tengo todo el tiempo del mundo. Las otras ocasiones en las que mi madre me ha castigado siempre ha sido por un día, dos, una semana... Sin embargo, esta vez ha decidido que estaré sin salir de mi habitación «indefinidamente». Aunque no sé exactamente qué significa eso, en el diccionario explica que es similar a «inacabable, que no tiene límite señalado».



He releído mis cómics de superhéroes y espías de Marvel hasta casi sabérmelos de memoria, así que no me ha quedado más remedio que recurrir a las novelas que mi abuelo me regala por mi cumpleaños. Como os lo digo. Llevo varios días encerrado y ha sido al terminar el segundo libro de Julio Verne cuando se me ha encendido la bombilla. ¡Ping! Y es que para una vez que me sucede algo interesante, ¿por qué no escribirlo? Así no se me olvidará ni con el paso de los lustros.

Solo la idea de que tal vez soy el primer agente secreto que cuenta cómo ha llegado a serlo hace que se me ponga un ojo bizco –que es algo que solo me ocurre cuando estoy muy nervioso– y, aunque lo bueno es que puedo mirar a dos sitios a la vez como si fuera una salamandra, me da un dolor de cabeza insoportable.

Recuerdo a la perfección el instante en el que comenzó todo. Me convertí en agente secreto por una casualidad de lo más casual, de rebote, vaya. ¡Cómo olvidar la cadena de acontecimientos que han cambiado mi vida!

Las tres miradas del señor Augusto

Augusto era el profesor más severo, duro e implacable de mi cole. Este fue su saludo el primer día de clase:

—¡SILENCIOOOO! —Una vez que solo se escuchaba su respiración, similar a los bufidos de un toro bravo antes de embestir, prosiguió—: Desde ya hasta siempre me llamaréis «señor Augusto». Tened muy claro que mi nombre no empieza por A, sino por S, ¿entendido?

—Sí —se escuchó una respuesta tímida.

—No os oigo.

—¡Sííí! —levantamos el tono.

—«¡Sííí!», ¿qué?

—¡Sííí, señor Augusto! —exclamamos de forma más disciplinada que un legionario.

Por fortuna, habían transcurrido varios meses desde aquel día y ya habíamos completado la mitad del curso. Mi única motivación en el cole era el ferviente deseo de que, por arte de magia, trasladaran al profesor Augusto a la Cochinchina, o más allá, y lo sustituyese cualquier otro profesor.

Estaba entretenido con estos pensamientos cuando ocurrió algo que dejó al profesor Augusto al borde de un ataque. Su rostro pasó de su habitual palidez a un alarmante tono rojo tomate frito en cuestión de tres segundos, aproximadamente el tiempo que tardó la directora del colegio en abrir la puerta de clase y decir la siguiente frase:

—Las nuevas *tablets* han llegado.

—¡Bieeen! ¡Vivaaa! —estallamos. Algunos nos pusimos a aplaudir y otros siguieron pegando gritos. Parecía que nos había tocado la lotería.

Ninguna de las tres miradas inquisitivas del señor Augusto fue suficiente para hacernos callar. Tras meses sufriendo al Dictador —apodo de nuestro profesor—, diferenciarlas resultaba sencillo.

La primera mirada consistía en entrecerrar los párpados a la vez que encajaba las mandíbulas. Cuando esta no surtía efecto, pasaba a cerrar el puño derecho y clavar una mirada mordaz sobre alguno de los alborotadores habituales. Normalmente sobre Jeffrey, Fran o sobre mí, amantes como pocos de aprovechar la mínima excusa para soltar la gracia en clase y alimentar el revuelo. Y si ninguna de las anteriores era suficiente, utilizaba la que yo denominaba «mirada del ogro»: ojos desorbitados, nariz arrugada, colmillos batiendo el aire, manos abiertas como si fueran garras...

Ni por esas. La clase era un clamor.

Demasiadas ilusiones acumuladas. Demasiado tiempo esperando. No era para menos. Los viejos miniportátiles de clase eran más lentos que un caracol con reuma. Hacer los deberes con ellos era como intentar encender una hoguera con leña mojada. Además, ante la posibilidad de que un nuevo confinamiento nos dejase encerrados en casa, al menos estaríamos equipados para luchar contra el aburrimiento.



—¿Podremos jugar en red con las *tablets*?
—preguntó Laia.

Laia le sacaba un palmo de altura al segundo de la clase. Se sentaba a mi lado y era tan forofa de los videojuegos y el universo digital como yo.

—¿Nos las podremos llevar hoy a casa?
—añadió Lorena.

Lorena era nueva en el cole. Había llegado al principio del curso. Y, para qué negarlo, antes de eso yo nunca había mirado disimuladamente a ninguna chica. Era de lo más extraño. De vez en cuando, mi mirada cobraba vida propia y me descubría a mí mismo espiando sus ojos, parecidos a uvas maduras, o la forma en que crecían sus cejas al sonreír, o permanecía embobado con aquella manía suya de echarse el flequillo hacia atrás cuando estaba muy concentrada.

—¡SILENCIOOOO!

El grito del profesor Augusto aún resonaba cuando alguien entró en clase. Dos señores cargaban un enorme paquete del tamaño de una puerta para gigantes. La directora se puso a dirigir la maniobra.